

El ejemplar de *Acerca de la materia medicinal* de Dioscórides conservado por la Biblioteca Patrimonial Recoleta Dominicana: lectores, usos y formas de lectura de los libros de medicina en el Chile tardocolonial

The copy of Dioscorides' *Acerca de la materia medicinal* preserved by the Biblioteca Patrimonial Recoleta Dominicana: readers, uses and ways of reading medical books in late colonial Chile

Mariana Labarca*

RESUMEN: Este artículo explora las formas de lectura de los libros de medicina en Chile durante el siglo XVIII y principios del XIX a partir del análisis de la marginalia contenida en el ejemplar de *Acerca de la materia medicinal* de Dioscórides, traducido y comentado por Andrés Laguna, que resguarda la Biblioteca Patrimonial Recoleta Dominicana (BPRD). Luego de reseñar la obra e identificarla en registros chilenos del siglo XVIII, se examina qué significa su presencia en la BPRD. Se sugiere que las marcas de lectura revelan un interés probablemente vinculado al ejercicio del arte de la sanación.

PALABRAS CLAVE: Dioscórides, Andrés Laguna, farmacopeas, historia de la medicina, historia de la lectura

ABSTRACT: This article explores the ways of reading medical books in Chile during the 18th and early 19th centuries through the analysis of marginalia contained in the copy of Dioscorides' *Acerca de la materia medicinal*, translated and commented by Andrés Laguna, kept in the Biblioteca Patrimonial Recoleta Dominicana (BPRD). After reviewing the work and identifying it in 18th century Chilean records, the meaning of its presence in the BPRD is examined. It is suggested that the reading marks reveal an interest probably linked to the practice of the art of healing.

KEYWORDS: Dioscorides, Andrés Laguna, pharmacopoeia, history of medicine, history of reading

* Académica del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile y doctora en Historia y Civilización por el European University Institute (Italia). Sus líneas de investigación giran en torno a la historia social y cultural de la medicina, historia de las emociones, historia de las ciencias y la historia del libro y de la circulación de saberes en la época moderna. Código ORCID: 0000-0002-5080-3018.

Cómo citar este artículo (APA)

Labarca, M. (2023). *El ejemplar de Acerca de la materia medicinal de Dioscórides conservado por la Biblioteca Patrimonial Recoleta Dominicana: lectores, usos y formas de lectura de los libros de medicina en el Chile tardocolonial*. Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. <https://www.investigacion.patrimoniocultural.gob.cl/publicaciones/el-ejemplar-de-acerca-de-la-materia-medical-de-dioscorides-conservado-por-la>

En 1555, el médico Andrés Laguna (c. 1510-1559), natural de Segovia, publicó una versión traducida al castellano del tratado de materia médica del médico griego Pedacio (Pedanio) Dioscórides (c. 40-c. 90 d. C.)¹. Su traducción iba acompañada de anotaciones en las que comentaba cada planta, mineral y sustancia animal (lo que entonces se denominaba «simples» medicinales) descrito por Dioscórides. Explicaba Laguna que, dado que hasta entonces la obra no había sido vertida al castellano (pero sí a muchas otras lenguas) y en atención a «los graves inconvenientes que sobrevienen à cada passo, asi en aquellos vuestros Reynos d'España, como en otras partes, por la ignorancia de la materia medicinal», había resuelto traducirla del griego, ilustrándola, además, con comentarios y «figuras de todas las yervas, sacadas à imitation de las bivas y naturales, en beneficio immortal de toda la patria» (Dioscórides, 1563, s. p.). Difundida a través de su versión en latín o traducida a diversas lenguas vernáculas, la obra de Dioscórides ejerció una notable influencia en la farmacopea occidental.

La traducción de Andrés Laguna del influyente tratado de Dioscórides tuvo 22 reediciones, logrando una amplia difusión y un perdurable impacto en la cultura médica hispanohablante. Chile no fue una excepción, como lo demuestran los ocho ejemplares del libro registrados en distintas bibliotecas privadas del país durante el siglo XVIII, a los que se suma el que conserva la Biblioteca Patrimonial de la Recoleta Domínica (BPRD). La presencia del volumen en esta biblioteca conventual fundada en 1753 abre un campo para reflexionar sobre varios asuntos vinculados a la historia de las ciencias y de la medicina, la historia de la cultura médica y la historia del libro y de la lectura. Vale la pena, en primer lugar, interrogarse respecto de qué significa que encontremos este libro en la BPRD y, más que eso, cómo es que lo encontramos en Chile. Por otra parte, interesa examinar los posibles usos que se dieron a este libro –y, en general, a los de su tipo– en el Chile de la segunda mitad del siglo XVIII y principios del siglo XIX. El presente artículo plantea que estos libros no necesariamente estaban dirigidos solo a especialistas en medicina y que cumplieron una función de consulta práctica, alimentando prácticas de sanación domésticas y conventuales.

Un dato clave para el caso que aquí nos ocupa es que el ejemplar de la BPRD está profusamente anotado por distintas manos. Las anotaciones, como veremos, son de diversa índole: desde los nombres de sus distintos propietarios hasta llamados de atención sobre pasajes específicos del texto y

¹ Para profundizar sobre Andrés Laguna, véase Pardo-Tomás (2007).

notas que resumen el contenido o señalan el órgano o enfermedad aludido en una sección, pasando por cuentas y marcas dejadas al pasar. En consecuencia, contamos con la valiosa oportunidad de examinar los posibles usos de los que este ejemplar fue objeto a partir de las huellas gráficas dejadas por sus distintos lectores.

El Dioscórides en la medicina occidental de la época moderna y la traducción de Andrés Laguna

Compuesta del corpus hipocrático (siglos v-iv a. C.), la obra de Dioscórides (siglo I d. C.) y la obra de Galeno (siglo II d. C.), la farmacia galénica demostró ser notablemente flexible al paso del tiempo, a tal punto que dominó la concepción de la medicina occidental durante la época moderna, sobreviviendo incluso al surgimiento de la tradición alquímica de fines del siglo XVII. Sus textos pasaron de la tradición médica griega a la romana; luego fueron transmitidos a la medicina árabe, desde donde volvieron a Europa a través de versiones latinas; y allí fueron nuevamente traducidos, esta vez a las lenguas vernáculas. En sus bases teóricas y prácticas, la farmacia galénica se basó en la obra de Dioscórides y también fue influenciada fuertemente por la obra de Juan Mesue (777-857) (De Vos, 2021).

La concepción de Dioscórides sobre la acción de los remedios descansaba en los principios de la teoría hipocrática, según la cual la salud del cuerpo humano obedecía al balance entre cuatro humores: sangre, bilis negra (melancolía), bilis amarilla (cólera) y flema (Porter y Vigarello, 2005). Estos cuatro humores estaban, a su vez, compuestos por dos pares opuestos de las cuatro cualidades (caliente, frío, húmedo y seco), derivadas de los cuatro elementos (tierra, aire, fuego y agua). Según la teoría hipocrático-galénica, la pérdida del equilibrio de estos cuatro humores afectaba el funcionamiento de los órganos y producía la enfermedad. Por consiguiente, la terapéutica estaba orientada a restaurarlo mediante tres mecanismos: cirugía y fármacos para restablecer el equilibrio interno, y régimen de vida a fin de controlar los elementos no naturales del cuerpo que afectaban su funcionamiento (De Vos, 2021). Estos factores no naturales eran aire, sueño y vigilia, movimiento y quietud, comida y bebida, excreción y retención, y accidentes o pasiones del alma (Cavallo y Storey, 2013).

Según la concepción galénica, los fármacos o medicamentos se dividían en «simples» y «compuestos». Los primeros correspondían a aquellas sustancias de origen natural (animal, vegetal o mineral) con propiedades terapéuticas,

a partir de las cuales se podía componer una medicina (es decir, un compuesto). Para constituirse como tal, esta debía tener la capacidad de alterar el funcionamiento del cuerpo mediante la *dynámeis* ('fuerza', 'poder', 'potencia') que poseyera, la cual podía ser de cuatro tipos: atractiva, retentiva, alternativa y expulsiva (Fresquet Febrer, 1992). La acción de una determinada fuerza podía aumentar o disminuir un humor, alterar su composición o remover obstrucciones, todo lo cual permitía restablecer el balance perdido. El concepto de *dynámeis* fue traducido luego por autores latinos como «virtud» (De Vos, 2021), término que encontramos en la obra de Dioscórides traducida por Laguna.

Al mismo tiempo, la combinación entre las cuatro cualidades (frío, caliente, seco y húmedo) determinaba la complejidad de las medicinas, de cuyos efectos se derivaba su acción (por ejemplo, enfriar y secar un órgano caliente y húmedo). Así, algunos simples podían adelgazar humores, otros los espesaban, unos los relajaban y otros los tensaban (De Vos, 2021). Cada sustancia tenía distintos grados de poder, de lo que dependía su capacidad de alteración. Por otra parte, tal como enseña Dioscórides en su obra, las cualidades de una medicina se podían conocer por su sabor: ácido, salado, dulce o astringente.

En *Acerca de la materia medicinal, y de los venenos mortíferos*², Dioscórides individualiza cerca de 1000 elementos con virtudes farmacológicas, entre los cuales se incluyen plantas, animales y sus derivados, vinos, ungüentos, óleos, venenos y minerales. Junto con identificar la sustancia, el autor la describe y explica dónde se puede encontrar; a veces, indica estrategias de recolección y conservación; y, por cierto, detalla sus cualidades terapéuticas, especificando, en el caso de algunas plantas, qué partes usar (una raíz no poseía las mismas cualidades que su tallo u hoja, por ejemplo). La diferencia en la proporción de información, eso sí, es enorme, habiendo sustancias que solo reciben unas líneas y otras que suman varias páginas.

Como el mismo Dioscórides señala en el prefacio, una característica fundamental de la obra consiste en que las sustancias aparecen ordenadas no por orden alfabético, sino según sus propiedades terapéuticas. A la información proporcionada por el médico griego, Laguna sumó sus propios comentarios, precisando la ubicación geográfica de cada sustancia, entregando un glosario de sus nombres en distintos idiomas y señalando alternativas, particularmente para las plantas, en caso de no encontrarse la especie original donde estuviera

² Para una historia editorial de la obra de Dioscórides, véase Miguel Alonso, A. (s. f.).

el o la lectora. Advirtiéndole sobre la dificultad que tenían los europeos de su tiempo para reconocer las plantas a las que habían hecho referencia los griegos, Laguna recalca que una correcta identificación de las especies resulta vital para fabricar con éxito el remedio. Para facilitarla, sus comentarios iban acompañados de una ilustración de cada sustancia (fig. 1), particularmente útil en el caso de las plantas, donde los detalles de sus partes (raíces, tallos, hojas, flor y fruto) podían ser vitales para distinguirlas. Laguna tendió a ser más explícito que Dioscórides con respecto a la forma de utilizar las especies vegetales para fines medicinales, entregando información sobre cómo y cuándo recolectarlas, cómo almacenarlas y prepararlas, las distintas propiedades de cada parte y, en algunos casos, junto a cuáles otras sustancias aplicarlas.

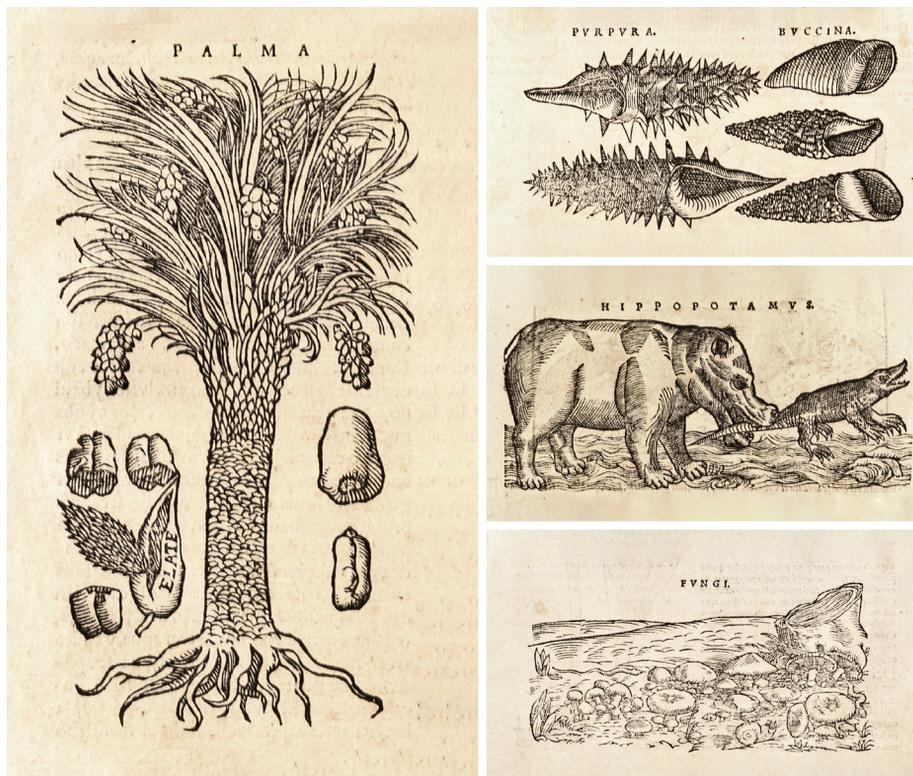


Figura 1. Algunas de las sustancias descritas e ilustradas en *Acerca de la materia medicinal*. Fuente: Dioscórides, 1563, pp. 96, 125, 137 y 429.

El amplísimo abanico de simples cubierto por Dioscórides da cuenta del carácter global de la farmacia galénica, que fue testigo de siglos de intercam-

bio comercial entre distintas regiones del mundo. Las plantas, minerales y animales que menciona provienen de distintas partes de Asia y África, a los que Laguna sumó variantes europeas. Mientras que para la época de Dioscórides la materia médica americana era aún desconocida, Laguna sí incluyó contadas alusiones a ella, si bien se trata de comentarios marginales basados en referencias de viajeros y en la información aportada por autores que le fueron contemporáneos, como Nicolás Monardes y Juan Fragoso (Fresquet Febrer, 1992). Aunque su mirada seguía predominantemente puesta en Europa, estas referencias buscaban entregar una alternativa a aquellas sustancias recomendadas por Dioscórides que no se encontraban disponibles, lo que permite colegir que los simples americanos ya eran tomados en serio y, más aun, que fueron puestos dentro del marco teórico galénico para ser incluidos dentro del canon farmacológico (Huguet-Termes, 2001).

Durante los siglos XVI y XVII la farmacopea europea se fue alejando de su anterior confianza ilimitada en el saber de la antigüedad clásica y empezó a valorar los nuevos saberes comunicados por los aborígenes con los que Europa trababa contacto producto de su expansión territorial. Esto supuso una nueva valoración del conocimiento empírico y la validación de lo que informantes locales tenían para decir (Schiebinger, 2007). A ello se sumó que los españoles que vinieron a América experimentaron nuevas enfermedades para las cuales el saber clásico europeo no entregaba soluciones, siendo necesario entonces recurrir al saber curativo local (Schiebinger, 2007). Así, el «Nuevo Mundo» se transformó en una zona de contacto donde se intercambiaban saberes medicinales³. A fines del siglo XVII, la medicina galénica sufriría una nueva adaptación con la introducción de la tradición alquímica, que añadió una nueva lista de aguas, licores, esencias, extractos y tinturas (De Vos, 2021).

El empeño de Laguna por abrir la obra de Dioscórides al mundo de habla hispana debe entenderse en el contexto de la cultura humanista. El humanismo, como es sabido, se ocupó —entre otras cosas— de la recuperación de textos clásicos, por medio de traducciones a lengua vernácula cuidadosamente comentadas. Como ha señalado el historiador José Pardo Tomás (2007), la opción de Laguna de traducir el Dioscórides puede ser leída como una defensa del uso científico del castellano y de las lenguas vernáculas en general. Su versión permitió que lectores no versados con el latín o el griego pudieran

³ Es lo que Londa Schiebinger (2007) ha llamado «biocontact zones», para referirse al espacio de intercambio de plantas y sus usos culturales entre europeos, amerindios y africanos.

tener acceso al repositorio de simples medicinales descritos por Dioscórides, inscribiéndose así dentro de un proceso de vulgarización de las ciencias que tuvo el objetivo de combatir la ignorancia en la materia y producir un «renacimiento» de la farmacopea en España (Andretta y Pardo-Tomás, 2017). Vale la pena hacer notar aquí que, en sus comentarios, Andrés Laguna varias veces desestima la información proporcionada por Dioscórides, señalando que el autor griego se encontraba desinformado o que, derechamente, estaba equivocado respecto de las propiedades terapéuticas de tal o cual sustancia.

Su perfil de intelectual humanista, marcado por un activo periplo por distintas partes de Europa, explica asimismo que Laguna haya logrado acuerdo con Juan Latio en Amberes para publicar su traducción en 1555 (Pardo Tomás, 2007). A esta primera edición –de la que se imprimió además un bellissimo ejemplar en vitela ilustrado en colores, dedicado especialmente a Felipe II– siguieron las de 1563, 1566 y 1570, publicadas en Salamanca por Mathias Gast, y otra editada en la misma ciudad, pero por Conrado Bonardo en 1586 (Miguel Alonso, s. f.). Durante el siglo xvii, la obra traducida por Laguna tendría cuatro ediciones publicadas en Valencia (1636, 1651 1677 y 1695), y en 1733 sería reeditada una vez más por el médico Francisco Suárez Rivera en Madrid (López Piñero *et al.*, 1992).

En 1632 la obra fue expurgada por la Inquisición, lo cual explica que varios pasajes de nuestro ejemplar –principalmente dedicados a supersticiones, hechizos, encantamientos y sexualidad (propiedades afrodisíacas, abortivas o anticonceptivas de ciertas sustancias)– aparezcan tachados (fig. 2). Se ha llamado la atención sobre el hecho de que se censurara la versión traducida por Laguna, pero no las versiones latinas o griegas: esto sugiere que el peligro identificado por la Inquisición radicaba en que la traducción al castellano abría el libro a un público lector no universitario (los libros en latín eran leídos solo por quienes seguían cursos en la universidad) (Albisson, 2018; Pardo Tomás, 2003). En buenas cuentas, el verdadero problema era que un público inescrupuloso e ignorante tuviera acceso a ese tipo de conocimientos.

Presencia e impacto de la obra de Dioscórides en Chile

Como dijimos, la traducción de Laguna logró permear la cultura médica hispanohablante, llegando también a América; sin ir más lejos, en Chile se han podido identificar ocho ejemplares en inventarios del siglo xviii. La



Figura 2. Detalle de expurgo en capítulo xcv, «De los Garuanços». Fuente: Dioscórides, 1563, p. 190.

encontramos, por ejemplo, inventariada entre las posesiones del bachiller en Medicina Miguel Joseph Jordán de Ursino al momento de su muerte en 1746 (Labarca, 2021). De los 77 títulos que componían su biblioteca, 36 pertenecían al género de la literatura médica, incluyendo obras de cirugía, de medicina general y farmacopeas; esta última categoría está representada por ocho títulos, entre ellos, la obra de Dioscórides (inventariada como «libro ilustrado por el Dr. Lag[un]a biejo») junto a las de Bernardino Laredo, Luis de Oviedo, Antonio Aguilera y Jerónimo de la Fuente Piérola (Labarca, 2021). Se entiende que Jordán de Ursino tuviera en su poder ocho farmacopeas, porque dentro de sus funciones como teniente de protomédico estaba la supervisión de las boticas de Santiago.

Los demás inventarios conocidos hasta la fecha que registran la presencia de la obra de Dioscórides en Chile sugieren que la obra estuvo en manos de un público lector vinculado al arte de la medicina y, naturalmente, a la

farmacopea. Además del caso recién mencionado, la encontramos entre los bienes de la botica del cirujano Joseph Calderón en 1727, como parte de la biblioteca del bachiller en Medicina Joseph Velásquez en 1730 y entre los libros de la botica jesuita de Santiago inventariados en 1767⁴; también figura entre los libros del obispo de la Catedral de Santiago Alejo Fernando de Rojas y Acevedo, inventariados en 1721⁵. Particularmente significativo resulta el hecho de que aparezca entre los libros considerados para formar la biblioteca de la botica del hospital de Talca en sus constituciones de 1803, pues muestra que la obra de Dioscórides todavía se encontraba vigente a principios del siglo XIX, ocupando un espacio junto a la influyente *Palestra farmacéutica* de Félix Palacios o el también exitoso *Tyrocinium pharmaceuticum theoricopracticum* de Juan de Loeches, ambos con numerosas ediciones durante el siglo XVIII (Constitución del Hospital de Talca, s. f.). A estos registros se suman tres ejemplares dentro del catálogo de la Biblioteca Nacional de Chile –dos ediciones de 1563 y una de 1565–, si bien en este caso no podemos saber cuándo pasaron a formar parte de la colección. En resumidas cuentas, pareciera ser que la posesión de *Acerca de la materia medicinal* de Dioscórides recayó, en general, sobre personas que practicaban el arte de la boticaria o de la medicina, tenían a su cargo la curación de enfermos o bien fabricaban o recetaban medicamentos. Como veremos más adelante, los registros de la BPRD entregan varios datos que sustentan esta teoría.

Por el contrario, los registros de la biblioteca conventual desgraciadamente no contienen datos respecto de cuándo ingresó a la colección el ejemplar de *Acerca de la materia medicinal*. En los primeros inventarios que se conservan de la biblioteca la obra no aparece registrada, así como tampoco en los registros de préstamos. Por ejemplo, existe un inventario de 1809 en el que aparecen varios de los libros de medicina más comunes en las bibliotecas chilenas del período –*Medicina doméstica* de William Buchan (1785), las *Obras medico-chirúrgicas* de Madama Fouquet (1748), la *Pharmacopée universelle* de Nicolás Lemery (1734) y la *Opera omnia medica* de Herman Boerhaave (1757), por nombrar algunos–, pero no así *Acerca de la materia medicinal* (*Librería del convento*, 1809). La obra de Dioscórides tampoco aparece en catálogos posteriores: no es posible encontrarla en el suplemento de 1811

⁴ Archivo Nacional Histórico de Chile (ANHCH), Fondo Escribanos de Santiago (ES), vol. 619, ff. 101v-104v; ANHCH, ES, vol. 528, ff. 39-44v; ANHCH, ES, vol. 555, ff. 306v-309v; y ANHCH, Fondo Jesuitas de Chile, vol. 7, ff. 279-280.

⁵ ANHCH, Fondo Real Audiencia, vol. 2964, pieza 4, ff. 225-235.

que acompaña la nómina antes citada, ni se la pudo identificar en ninguna de las listas que subsisten de los libros que cada religioso guardaba en su celda (*Repertorio de los libros*, 1837).

Al ejemplar de la BPRD le faltan la portada y las primeras cuatro páginas (así como varias páginas finales), pero sus datos bibliográficos aparecen anotados con una caligrafía que podemos con bastante certeza atribuir al bibliotecario Domingo Aracena⁶. El título está consignado como «De la materia medica, i de los venenos mortíferos», por el autor «Pedacio Dioscórides», y, aunque se atribuye el ejemplar a la edición de Amberes de 1555, por la diagramación de las primeras páginas podemos establecer que, en realidad, corresponde a la edición de Salamanca de 1563. Adicionalmente, la anotación bibliográfica cita a «Brunet, *Manuel du Libraire*, Paris 1842, tom II pag 101»: se refiere al *Manuel du libraire et de l'amateur de livres* (Manual del librero y del amante de libros) escrito por Jacques-Charles Brunet, volumen que —compuesto por un diccionario bibliográfico y un catálogo crítico de obras—, claramente debió servir a Aracena para realizar la catalogación.

Lo anterior nos lleva a colegir que el libro pudo haber entrado a la BPRD en la época en que Domingo Aracena se desempeñó como bibliotecario, es decir, entre 1836 y 1874. Sin embargo, perfectamente pudo ingresar a la colección antes de ese lapso, pero sin quedar registrado en la documentación disponible, lo que quizás se vincule al hecho de que había perdido su portada⁷. Tal posibilidad cobra fuerza sobre todo si miramos las marcas que posee el libro. Por ejemplo, en la página 5, la primera que el ejemplar conserva, contiene la firma «Arteaga 1753»; escrito en vertical y con distinta letra, se lee asimismo «De la Recoleta Dominica». En la página 576, nuestro lector volvió a escribir su nombre, ahora como «Yo Fr. Arteaga». Además de que las anotaciones de la marginalia fueron hechas con varias caligrafías (al menos, tres) y distintas tintas —todas ferrogálicas (Constanzo y Pradenas, 2023)—, otro testimonio de que el libro tuvo múltiples lectores lo constituye una segunda firma, esta vez en la página 10, donde se lee:

⁶ Domingo Aracena (1810-1874) ingresó a la Orden de Santo Domingo en 1825 y fue ordenado sacerdote en 1833. Intelectual y estudioso de diversas materias, fue bibliotecario de la Biblioteca de la Recoleta Dominica desde 1836 hasta su muerte.

⁷ La caja 70 del Fondo Archivo Recoleta Dominica, resguardado en el Archivo Histórico Dominicano, contiene diversa documentación relativa a la Biblioteca de la Recoleta Dominica desde principios del siglo XIX hasta 1850. Sin embargo, no se ha podido encontrar el Dioscórides en ninguno de esos registros.

En el nombre de la virgen
Amigo Y es mio
B C M^a del m sum
Servidor
Fr. Antonio Sotelo

Por último, sabemos que el libro fue leído en Chile porque, como veremos más adelante, las anotaciones hacen referencia a vegetales endémicos del país o indican nombres de uso local distintos a los ofrecidos por Dioscórides y Laguna. En conclusión, sabemos que el libro ingresó a Chile antes de la década del 40 del siglo XIX, es decir, antes de que fray Aracena realizara su anotación bibliográfica; que quienes lo leyeron eran frailes, por las firmas que dejaron en el ejemplar; que esto ocurrió a partir de 1753; y que las lecturas se realizaron en Chile –al menos, algunas de ellas–. Cabe señalar que el convento de la Recoleta Dominica se fundó en 1753 y que no se han podido encontrar registros de cuáles fueron los fondos iniciales de su biblioteca.

Si bien no tenemos documentación respecto de cómo o cuándo ingresó este ejemplar a la BPRD, sí contamos con varios registros de cómo entraron otros libros a esta biblioteca y, si ampliamos la escala de observación, cómo entraron los libros de medicina a Chile durante el siglo XVIII y principios del XIX. La BPRD recibió dos grandes impulsos: en 1809, Justo de Santa María de Oro ingresó más de 300 volúmenes desde Europa, y luego, en 1824, fray Ramón Arce trajo 1241 tomos desde Roma (BPRD, s. f.). Los registros de la biblioteca muestran también que varios de los frailes portaban sus propios libros al momento de incorporarse al convento, así como donaciones efectuadas por distintas personas⁸. Es probable que la obra de Dioscórides haya entrado por alguna de estas dos últimas vías.

Ampliando el enfoque, vemos que durante el siglo XVIII los libros de medicina circularon como parte del repertorio de libros de distintas materias que llegó a Chile; en otras palabras, todo apunta a que no hubo libreros especializados en libros de medicina y que estos no siguieron un canal comercial distinto. En general, los libros ingresaban a Chile dentro de cargamentos comerciales (a menudo obedeciendo a peticiones específicas de comerciantes radicados en Chile que solicitaban un listado de títulos) o bien entre las posesiones de quienes se movían por el territorio hispanoamericano, ya fuera provenientes de la metrópoli o de distintas partes de América (Labarca, 2020).

⁸ Por ejemplo, *Matricula de la Biblioteca* (s. f.).

Aunque, como señalamos, no existió en Chile una especialización en libros de medicina dentro del negocio de la librería, sí sabemos de ciertos comerciantes que ofrecían un amplio espectro de títulos de esta materia, sobre todo hacia fines del siglo⁹. Ahora bien, el negocio de la librería se encontraba inserto en otras actividades comerciales, como lo muestran los inventarios de tiendas, donde los libros acompañan un universo muy amplio de artículos a la venta¹⁰.

Los repertorios de bibliotecas personales chilenas que se pueden encontrar en inventarios *post mortem* del período sugieren que médicos, cirujanos, boticarios y barberos concentraron un porcentaje mayor de libros de medicina que poseedores de otros perfiles sociales, evidentemente debido a los requerimientos propios del ejercicio de su profesión¹¹. Sabemos, de hecho, que sobre todo hacia fines del siglo XVIII se comenzó a perfilar un universo lector especializado en la materia, junto con el asentamiento de la cátedra de Medicina de la Universidad de San Felipe. Este segmento de público realizó peticiones directas a libreros en Sevilla solicitando literatura médica, como lo ilustra el cargamento enviado al médico y cirujano Josef Llenes en 1789, consistente en cinco cajones de hierbas y medicinas, y un cajón de libros¹². La biblioteca de Llenes, inventariada en 1805, llegó a contar con 235 títulos, de los cuales 122 correspondían a temáticas médicas¹³. Pero también encontramos libros de medicina entre las posesiones de personas de otros perfiles sociales, desde eclesiásticos hasta oidores y hombres con cargos militares, pasando por quienes no dejaron información respecto de sus ocupaciones (Labarca, 2020).

En el caso de *Acerca de la materia medicinal*, no podemos descartar que el libro haya sido adquirido para uso doméstico y leído para averiguar sobre las propias dolencias. Sin embargo, todo parece apuntar a que efectivamente estuvo en manos de personas que realizaban labores curativas, pues, como se mostró más arriba, los registros donde se ha podido documentar su presencia en Chile muestran que la obra se encontraba en manos de tres practicantes

⁹ Por ejemplo, inventario de los bienes del comerciante Joseph de Vivar y Rocha, ANHCH, ES, vol. 747, ff. 29-37v.

¹⁰ Por ejemplo, *Bernardo López de la Fuente sus inventarios y concurso de sus bienes* (1789), en ANHCH, Fondo Real Audiencia, vol. 3169, pieza 1; e inventario de los bienes de Joseph Antonio Lois (1787), en ANHCH, ES, vol. 850, ff. 295-299v.

¹¹ Por ejemplo, ANHCH, Fondo Escribanos de Santiago. También se pueden encontrar inventarios en litigios de partición de bienes conservados en el Fondo Real Audiencia.

¹² ANHCH, Contaduría Mayor Serie 1, vol. 1890, 1789, ff. 178-179v.

¹³ ANHCH, Fondo Notarios de Santiago, vol. 21, ff. 62-78.

de la medicina y la boticaria, y dos instituciones vinculadas al expendio de medicinas (la botica jesuita de Santiago y el hospital de Talca). De igual forma, en el caso de la BPRD, probablemente fue leído por los encargados de la farmacia (botica) del convento (Laval, 1953; Gutiérrez, 2017). Para adentrarnos más en los posibles usos que pudo tener el ejemplar de la BPRD en específico, es necesario examinar la marginalia que quedó como testigo de sus lecturas.

Claves de lectura: los usos de *Acerca de la materia medicinal*

El ejemplar que se conserva en la BPRD entrega la rara posibilidad de averiguar más sobre el universo lector de libros de medicina en Chile, en este caso, dentro del ámbito conventual. En la medida en que su materialidad conserva numerosas marcas de lectura, podemos hacer un esfuerzo de imaginación para ingresar en el sistema de sentidos de quienes tuvieron contacto con este libro: conocer qué partes les interesaron, qué pasajes consideraron que debían recordar o cuáles revisar. Las marcas conciernen tanto la traducción del texto de Dioscórides como los comentarios de Laguna, lo que, en primera instancia, nos indica que estos lectores no hicieron una diferenciación entre ambas secciones, sino que extraían reflexiones, indicaciones y sugerencias terapéuticas de ambos autores por igual; en otras palabras, lo dicho por Dioscórides en el siglo I todavía resonaba en el Chile del siglo XVIII y principios del XIX.

Marcas de lectura

En las páginas del ejemplar resguardado en la BPRD se encuentran numerosas marcas manuscritas en la forma de asteriscos, cruces, pares de rayas onduladas en sentido vertical, ojos y manículas o manecillas (manos que apuntan con el dedo índice hacia una determinada sección del texto). Al considerarlas en su conjunto, no es posible encontrar un patrón que indique un interés particular por unos temas sobre otros; más bien, se trata de marcas dejadas para direccionar la mirada en una siguiente lectura, priorizando los pasajes marcados. He aquí un asunto fundamental respecto de las formas de lectura de las que fue objeto este libro: las innumerables marcas, dibujos y anotaciones dan cuenta de que los lectores esperaban visitar el libro posteriormente o bien facilitar la lectura de futuros lectores. Se trata, en definitiva, de un libro leído en más de una ocasión, probablemente más para buscar una información específica que para leerlo completo, siguiendo esas marcas dejadas en

la primera lectura. Dada la enorme dispersión de las marcas, que cubren la mayoría de las 612 páginas que componen el ejemplar, podemos deducir que al menos uno de sus lectores leyó la obra completa.

La homogénea distribución de las marcas y anotaciones cobra particular relevancia si consideramos que a este ejemplar le faltan las páginas finales (llega solo a la página 612, de las 643 totales que tenía esta edición), que es precisamente donde se encontraban las tablas alfabéticas —en castellano y en griego— de las sustancias medicinales examinadas en el libro, destinadas a facilitar la consulta de la obra. Ahora bien, no sabemos en qué momento se perdieron esas páginas, hecho que pudo haber ocurrido con posterioridad al período del que estamos hablando¹⁴. Así y todo, la edición de 1563 no contaba con índices por enfermedades, lo que de todas formas limitaba las posibilidades de búsqueda.

Vale la pena aquí hacer un pequeño excursus para situarnos en las estrategias de edición e impresión a las que recurrían estas obras para facilitar la lectura. La mayoría de los libros de medicina publicados en el siglo XVIII, ya fueran de divulgación (medicina doméstica) o destinados a acompañar la práctica médica o quirúrgica, contenía varios tipos de índices: temáticos (siguiendo la disposición de los contenidos en el libro) pero también alfabéticos, según enfermedad, síntoma u órgano involucrado, y según sustancia o medicamento. Estas convenciones se enmarcaban dentro del contexto cultural del proyecto ilustrado, el cual se propuso divulgar y popularizar las ciencias mediante la producción de ediciones más livianas, asequibles y fáciles de leer y consultar (Chartier, 1993). Claros ejemplos de esta tendencia en el género que nos ocupa fueron los textos de medicina doméstica de Juan de Esteyneffer (*Florilegio medicinal*, 1712), Madama Fouquet (*Obras medico-chirurgicas*, 1748) y Samuel Auguste Tissot (*Aviso al pueblo acerca de su salud o tratado de las enfermedades mas frecuentes de las gentes del campo*, 1773), de los cuales la BPRD poseía varias copias¹⁵. Sin embargo, las convenciones editoriales del siglo XVIII no eran las mismas del siglo XVI, por lo que la versión del Dioscórides que se conserva en la BPRD no estaba concebida para facilitar una «navegación» del libro, sino que requería de una lectura completa para encontrar lo que se buscaba. Por esto mismo, algunas ediciones de la obra fueron publicadas dejando de lado el orden original y disponiendo las sustancias por orden alfabético.

¹⁴ No se pudo establecer cuándo se realizó la encuadernación actual del ejemplar, si bien claramente es posterior a las anotaciones, como se señaló más arriba (Constanzo y Pradenas, 2023).

¹⁵ Sobre los usos de este tipo de literatura en el Chile del siglo XVIII, ver Labarca (2023).

Que al menos uno de sus lectores planeó volver a consultar el libro más adelante queda probado por la anotación «relee» (fig. 3) que se observa junto a una sección del texto relativa a las cualidades actuales y potenciales de las sustancias: el vino, al beberlo, enfría, pero luego, alterado en el estómago «con su potencia y facultad», calienta (Dioscórides, 1563, p. 9). De hecho, toda esta sección inicial, parte del comentario de Laguna al prefacio de Dioscórides, quedó llena de marcas: dibujos de ojos, de manos, subrayados, «nota», «anota» y la ya mencionada «Relee» (pp. 8-9). No es de extrañar que así haya sido, pues estas páginas contienen los principios básicos para entender la forma de extraer y conservar vegetales, la acción de las sustancias sobre el cuerpo, sus cualidades actuales y potenciales, y sus sabores; es decir, las indicaciones clave para poner en práctica los consejos del libro. La profusión de marcas en esta sección nos sugiere, entonces, que el lector planeaba hacer justamente eso.

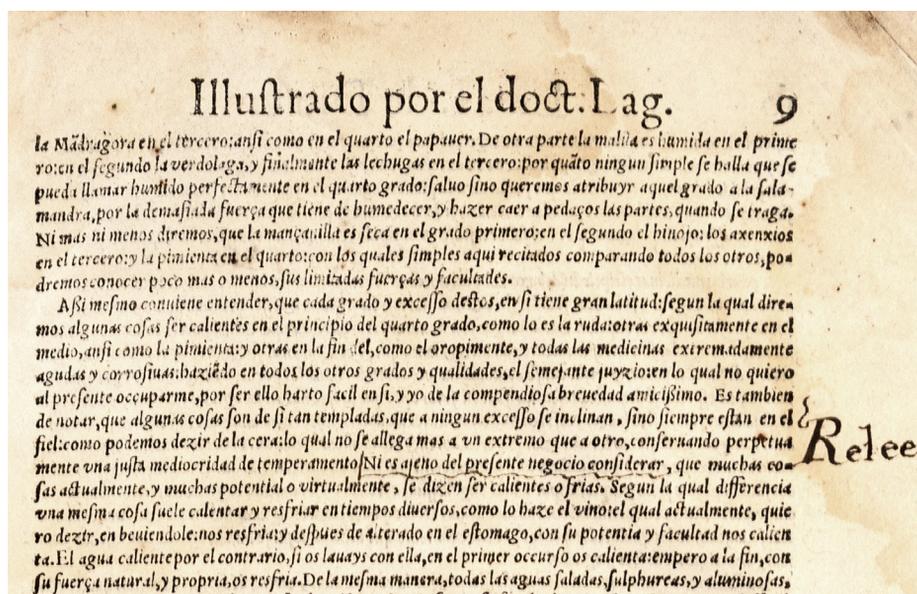


Figura 3. Detalle de marginalia con anotación «relee». Fuente: Dioscórides, 1563, p. 9.

El universo de sustancias, propiedades curativas y enfermedades que llamaron la atención de estos lectores es amplio. Entre las marcas de lectura encontramos, por ejemplo, una cruz junto a un pasaje que explica cómo fabricar el zumo de rosas, al cual se atribuye la facultad de laxar y purgar la cólera (uno de los cuatro humores), y clarificar la sangre (Dioscórides, 1563,

p. 84). Otra cruz dirige la vista hacia la recomendación de que «los huevos fritos en vinagre restañan la disentería» (Dioscórides, 1563, p. 148). Una marca compuesta de dos rayas onduladas en sentido vertical sirve para destacar que la manteca mezclada con miel o azúcar «es lenitiva del pecho, mitiga la toz, acaba con el dolor de costado» (Dioscórides, 1563, p. 165); que beber la propia orina contrarresta las mordeduras de víboras y algunos venenos (p. 174); y que las pepas de las sandías mueven la orina y deshacen la piedra de los riñones (p. 219). En otras ocasiones vemos esta marca, que es la que más se repite en el ejemplar, llamando la atención sobre una sustancia en particular (el «azúcar candito» [p. 177], por ejemplo) o sobre formas de extraer partes de ellas (cómo exprimir el trigo [p. 177]). Tal amplitud de intereses sugiere, una vez más, que quienes leyeron este libro no solo aspiraban a curar dolencias propias sino, probablemente, también asistir a otros.

Luego nos encontramos con marcas más elaboradas: los dibujos de ojos y las manículas (fig. 4). El primer tipo aparece junto a un comentario de Laguna respecto de los efectos nocivos del opio: se advierte de que vuelve la cara amarilla, ennegrece los labios, deja las uñas lívidas, los ojos turbios, relaja el maxilar inferior, engruesa la lengua, acorta el hálito y produce espasmos (Dioscórides, 1563, p. 587). En otras ocasiones, simplemente se escribió «ojo», como en los comentarios de Laguna sobre las propiedades curativas de la saliva (Dioscórides, 1563, p. 175) o de la flor del romero, que «conforta el cerebro, el corazón, y el estómago: aviva el entendimiento: restituye la memoria perdida: despierta el sentido: y en suma, es saludable remedio contra todas las enfermedades frías de cabeza y de estómago» (p. 321); en este caso, el texto fue marcado, además, con una cruz. Observamos una manícula, en tanto, junto a un texto que señala que el licor del papaver doméstico (amapola), «mitiga el dolor, provoca sueño, madura, y sirve a la tosse, y a las indisposiciones estomacales», pero también puede producir letargia y causar la muerte (Dioscórides, 1563, p. 414). En la página siguiente, todavía dentro del capítulo dedicado a las amapolas, nuestro lector dibujó otra manícula en el margen derecho, junto a una sección subrayada por él mismo donde se decía que dar a una persona «de complexión delicada» una onza de semilla de papaver «le hará dormir in aeternum» (Dioscórides, 1563, p. 415). Más abajo, en el mismo párrafo, encontramos el dibujo de un ojo en el margen izquierdo junto a la frase «Házese el Opio y Meconio, de todo genero de Papaver» (Dioscórides, 1563, p. 415). Salta a la vista, entonces, que este lector tenía interés en las propiedades y efectos de las amapolas y sus derivados. Las tintas sugieren que la mano fue la misma.

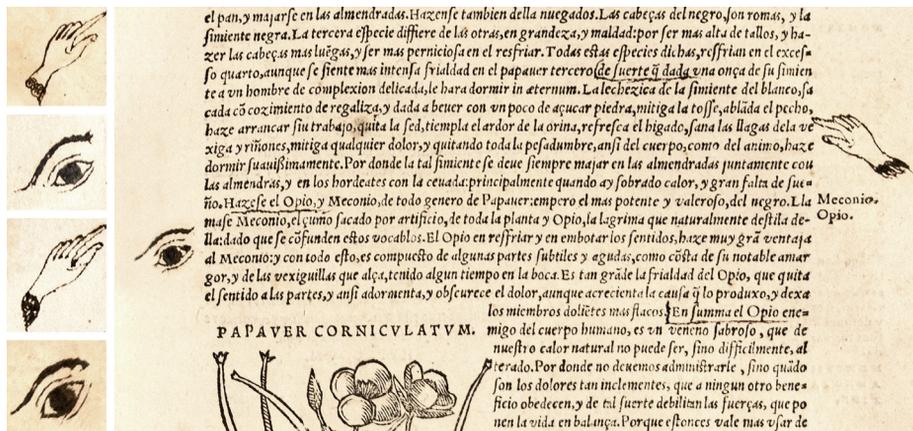


Figura 4. Detalles de marginalia: ojos y maniculas. Fuente: Dioscórides, 1563, p. 415 y pp. 8, 576, 414 y 572.

Muchos fragmentos del texto se encuentran subrayados, como aquel donde se afirma que el aceite de arrayán conforma el estómago y que el jugo de las hojas y corteza del sauz (sauce) cocido con aceite rosado es bueno para el dolor de oídos (Dioscórides, 1563, pp. 37 y 89, respectivamente). A veces, esos subrayados van acompañados de una anotación que precisa la sustancia (azúcar, ruda, pepino, frutilla, etc.), la parte del cuerpo (narices, estómago, riñones, hígado, vejiga, etc.) o el padecimiento del que se trata (esquilencia –es decir, angina o inflamación de la garganta–, dolor de oído, tercianas, ictericia, pasión iliaca, etc.). Síntomas y enfermedades tienden a mezclarse, y, en muchas ocasiones, un síntoma (como el dolor de oídos o las tercianas) puede ser considerado en sí mismo como una enfermedad, algo muy propio de la concepción de las enfermedades durante la época moderna, siguiendo el patrón de la teoría galénica (Wear, 2016).

En resumen, las marcas se encuentran distribuidas a lo largo de todo el libro son de distinta índole y apuntan a un amplio abanico de sustancias, formas de manipularlas y aplicarlas, propiedades terapéuticas, enfermedades y síntomas. La presencia de diferentes trazos y caligrafías permite establecer que fueron realizadas por distintas manos, aun cuando resulta imposible saber detalles como, por ejemplo, si cada uno de los lectores marcó el libro en ocasiones sucesivas o solamente en el curso de la lectura inicial.

Apostillas sobre dolencias y órganos enfermos

Veamos ahora las anotaciones que realizaron los distintos lectores del ejemplar de *Acerca de la materia medicinal* que se encuentra resguardado en la

BPRD, acaso lo más sugerente de este volumen. Desgraciadamente, dado que las hojas sufrieron cortes de guillotina en su encuadernación posterior, hay varias anotaciones que quedaron cortadas, por lo que en algunos casos no es posible reconstruir completamente su sentido (fig. 5).



Figura 5. Detalle de anotaciones cortadas por guillotina como consecuencia de encuadernaciones posteriores del ejemplar. Fuente: Dioscórides, 1563, p. 260.

Por otra parte, también hay casos de escrituras que no tienen que ver con el contenido del texto, como las firmas ya mencionadas y la anotación «Muy S[añ]or mío», realizada con una tinta diferente de la que se usó en esa misma página para resaltar los efectos del opio (Dioscórides, 1563, p. 215); esta anotación podría sugerir que uno de los lectores ensayó el inicio de una carta sobre el libro abierto. Otras corresponden a marcas dejadas al pasar, como los trazos de una suma en la página 442.

Fuera de las anteriores y de las ya comentadas «relee», «nota» y «anota», la mayoría de las anotaciones se puede clasificar en dos tipos: las que aluden a enfermedades o síntomas y las que designan especies vegetales, ya sea ofreciendo una alternativa o consignando el nombre local del vegetal al que se hace referencia junto a la ilustración de Laguna.

Examinemos las primeras. Como ya se dijo, el abanico de dolencias que interesaron a estos lectores es amplio: llagas, apostemas, gota coral (epilepsia), piedras (cálculos), mal de ijada (cavidad entre las costillas falsas y la cadera),

lamparones (escrófulas), esquilencia (inflamación de la garganta), por nombrar algunas. En ciertas oportunidades, los apuntes dan cuenta de que el lector seleccionó algunas dolencias específicas dentro de un conjunto más amplio de males o síntomas susceptibles de ser tratados con una misma sustancia. Por ejemplo, junto a un pasaje que describe las propiedades terapéuticas de la miel, nuestro lector anotó:

Dolor de oído
empeines
Vista, garga[nta]
Esquilencia
Toz, remedi[o] (Dioscórides, 1563, p. 175)

Pero, si nos detenemos en el fragmento del cual se deriva esta apostilla, vemos que allí se hace referencia a una serie de otros males o síntomas que nuestro lector no quiso resaltar: por ejemplo, que la miel, al atraer humores, sirve para limpiar llagas sucias o para juntar sus partes; que mata piojos y liendres; que provoca la orina; y que ayuda contra la mordedura de serpientes. Es decir, según se puede observar, es probable que quien leía hacía una selección de aquellas dolencias que le parecían relevantes, dejando estas marcas de atención para luego poder volver a consultar el libro leyendo solo los comentarios al margen.

A partir del repertorio de órganos y dolencias nombradas en las apostillas de este volumen podemos averiguar cuáles fueron las enfermedades que más preocuparon a los habitantes del Chile de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Por ejemplo, son varias las anotaciones relativas al estómago y las funciones digestivas: «estomago, confortarlo, ganas de comer restaurarlas» (Dioscórides, 1563, p. 37); o bien: «Dolor iliaco dolor colico de intestino rem[edio]», apostilla particular, porque en ella el lector tradujo la denominación «dolor ilíaco» que aparece en el texto impreso por una probablemente más reconocible, como es la de «dolor cólico de intestino»¹⁶. Sabido es que los males estomacales e intestinales generaban continuos pesares a la población en la época moderna, siendo un tema recurrente en las consultas médicas (Barr *et al.*, 2018). Esta anotación, además, demuestra que este

¹⁶ Si seguimos a Martín Martínez (1745), en la zona de la cadera están los huesos íleos, el intestino íleon y los músculos ilíacos. Su obra *Anatomía completa del hombre* forma parte de la colección de la BPRD, y la encontramos dentro de los libros que había tomado prestados fray José María Castro en 1837 (*Repertorio de los libros*, 1837).

lector poseía conocimientos de anatomía y de las diversas formas de nombrar una misma enfermedad.

Otras dolencias que aparecen en los comentarios manuscritos y que grafican preocupaciones propias de la época de estos lectores son las relativas a los nervios y la parálisis. Según la anatomía galénica, la vía de comunicación entre el cerebro y los miembros eran los nervios, a través de los cuales fluían los espíritus animales, lo que permitía el movimiento. Al acumularse en el cerebro, el exceso de humor bajaba por los nervios y la médula espinal, obstruyendo el flujo de los espíritus animales y produciendo parálisis (Esteyneffer, 1712). Que uno de nuestros lectores se interesó por este mal queda de manifiesto en la anotación «Perlesia, espasmo, nervios sus[...] dimensiones rem[edio]» que acompaña el comentario de Laguna respecto de las propiedades del aceite de laurel como «admirable» remedio «contra la perlesia, contra el espasmo, y contra todas las pasiones frias de nervios» (Dioscórides, 1563, p. 65). Producida por un espasmo en los nervios, la perlesía era un tipo de parálisis cubierto por la mayoría de los manuales de medicina de la época moderna (por ejemplo, Esteyneffer [1712]) y frecuente motivo de consulta de los enfermos en esta época¹⁷. Similar preocupación refleja una anotación ubicada junto a una sección del texto donde se señala que el aceite de eneldo otorga vigor a los nervios, haciéndolos «mas tractables y diestros, para los movimientos» (Dioscórides, 1563, p. 307): el lector apuntó «nervios fortificarlos y sua[vi]zarlos» (Dioscórides, 1563, p. 307), frase que, de paso, nos muestra hasta qué punto los lectores realizaban sus propias interpretaciones de lo leído (el que se volvieran más tratables y diestros implicaba, según él, que se fortificaban y suavizaban).

Las partes u órganos del cuerpo que más se mencionan dentro de las notas manuscritas son la nariz (10 veces) y el hígado (8 veces), seguidos de cabello, nervios, bazo y riñones. Encontramos la anotación «narizes» junto a la información relativa a las propiedades del ciprés para sanar pólipos que se engendran en dicha parte del cuerpo (Dioscórides, 1563, p. 61); también donde se afirma que la dragoneta mayor consume pólipos y cáncer de narices (p. 243) y que el bromo cura sus llagas (p. 461); o en varios pasajes relativos a sustancias que ayudan a deshacer «carnosidades» que se forman en su interior (por ejemplo, p. 529). Para el caso del hígado sucede algo similar, pues nuestro lector (en tinta más clara que las anotaciones de «narizes», si bien no

¹⁷ Por ejemplo, informe del médico José Antonio Ríos sobre Domingo Martínez de Aldunate, en Archivo General de Indias, Fondo Chile, vol. 190, pieza 211, f. 3.

es claro que la caligrafía sea también distinta) anota las propiedades de varias sustancias para curar a los enfermos de este órgano, como la corteza de la raíz de laurel bebida con vino, la palma mezclada con emplastos y las almendras (Dioscórides, 1563, pp. 64, 96 y 112). Eso sí, no todos los segmentos donde Dioscórides o Laguna hablan de remedios contra el mal de hígado o contra enfermedades de las narices se encuentran marcados (se trata, de hecho, de dolencias que se mencionan con frecuencia a lo largo del libro). Esto vuelve a confirmar la selectividad de nuestros lectores: no se trata de que hayan marcado o anotado cada referencia a dichos órganos o partes del cuerpo, sino solo algunas, quizás determinadas por la disponibilidad de la sustancia recomendada o por el grado de atención de la lectura.

Varias otras anotaciones hacen referencia a tres males radicados en la cabeza: problemas en la vista, dolor de oídos y calvicie. Respecto de la primera, uno de los lectores anota al margen «vista cobrar[...]» junto al pasaje donde Dioscórides (1563) recomienda el licor de corteza de sauz «para quitar todos los impedimentos que obscurecen la vista» (p. 89); y luego «Vista clarificarla» donde el impreso dice que el jugo de la raíz de nabo mezclado con azúcar piedra, al aplicarlo en los ojos, clarifica la vista (p. 196). El dolor de oídos también parece haber interesado a nuestros lectores. Encontramos anotaciones como «Dolor de oído curarlo» junto a información relativa a las propiedades del orégano para mitigar esta dolencia cuando se instila en los órganos afectados mezclado con leche (Dioscórides, 1563, p. 285); o «sordera, cura» junto a información respecto a que el agua de pan caliente instilada por los oídos permite recuperar la audición (p. 181). Luego observamos varias marcas del tipo de las dos rayas onduladas asociadas a secretos para combatir la calvicie, como que la grasa del oso «restituye los cabellos adonde faltan» (Dioscórides, 1563, p. 170) o que el aloe mezclado con vino «detiene los caducos cabellos» (p. 280). Esta misma marca aparece nuevamente donde se indica que la hiedra tiñe el cabello negro (Dioscórides, 1563, p. 255). Todas estas marcas, en definitiva, son muestras de una lectura atenta, ya que se trata de información muy específica dentro de un cúmulo de propiedades descritas para cada uno de los cientos de plantas, hongos, animales y minerales cubiertos por la obra. A mi parecer, representan una señal sugerente de que este libro fue leído exhaustivamente, de principio a fin, sin saltos ni de forma aleatoria.

Encontramos también anotaciones que hacen una síntesis de las enfermedades nombradas en un fragmento del texto. Por ejemplo, junto a la descripción de la ortiga, planta de reconocidas propiedades terapéuticas, un lector

apuntó «mordedura perro, llagas sucias y corruptas. Miembros desecados, tolondrones, sequillas. Diviesos, apostemas y Var. remedios» (Dioscórides, 1563, p. 437). Más que remitir a una urgencia por conocer remedios contra los miembros desecados o los tolondrones (chichones), esta anotación al margen sugiere que, más bien, se trata de saber los usos terapéuticos de esta hierba.

Por último, identificamos varias marcas –mas no apostillas– referidas a las que entonces se clasificaban como «enfermedades de mujeres», tales como «ventosidad de la madre», entre otras dolencias del útero y condiciones asociadas al parto y lactancia (Dioscórides, 1563, pp. 298, 307 y 564, por ejemplo). Esto perfectamente podría deberse a que quien realizó estas marcas fue un lector anterior a la entrada del libro al convento, probablemente relacionado con la atención médica de mujeres.

Apostillas que identifican plantas y proponen equivalentes locales

Encontramos un último género de anotaciones en el ejemplar del Dioscórides de la BPRD que requiere de una atención especial: nos referimos a aquellas donde, junto a la ilustración de una planta, los lectores registraron una denominación distinta a la consignada en el impreso, ya sea proporcionando el nombre de uso común con el que se designaba en Chile la planta singularizada por Dioscórides o Laguna, o bien indicando una especie alternativa que pudiera hallarse en el territorio chileno. Recordemos que la obra nombraba las plantas en latín y ofrecía traducciones al castellano, francés e italiano del siglo XVII. Para el siglo XVIII y en Chile, varias de esas plantas recibían una denominación distinta. Apostillas como las descritas nos hablan de lectores con conocimientos en herbolaria o vinculados al arte de la boticaria que quisieron asociar las propiedades curativas de las plantas caracterizadas en el libro con especies a las que se tenía acceso en Chile e identificar posibles reemplazos o equivalencias para aquellas que no se encontraban disponibles.

Este tipo de anotaciones (33 en total, realizadas con distintas tintas y diferentes caligrafías) representa una señal más de que el lector pretendía volver a revisar la obra, dejando así ayudas memoria para facilitar una búsqueda rápida, sobre todo cuando el nombre latino no se parecía al castellano. Es el caso del aloe, junto a cuya ilustración un lector anotó «esta es sabila» (fig. 6, izq.); o del irio, sobre el cual un lector aclaró «son nabos»; mientras que *absinthium vulgare* aparece traducido por el lector como «axenjos»,

y *absinthium seriphium*, como «axenjo romano» (fig. 6, der.) (Dioscórides, 1563, pp. 279, 274 y 281).

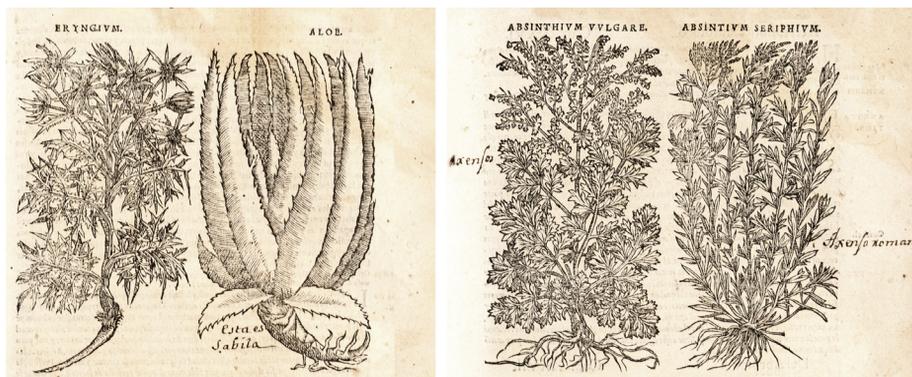


Figura 6. Izq., ilustración de *erygium* y *aloe* con marginalia. Der., ilustración de *absinthium vulgare* y *absinthium seriphium* con marginalia. Fuente: Dioscórides, 1563, pp. 279 y 281.

Resulta interesante reparar en que este tipo de apostillas no siempre se asocian a plantas con una larga lista de propiedades curativas. En algunas, como en el caso de lo que uno de nuestros lectores identificó como «durasnillo» (para la planta nombrada como «crataegonum» por Dioscórides), ni Dioscórides ni Laguna describen propiedades o virtudes, sino que se limitan a vincularla con la creencia de que su ingesta ayudaba a concebir un varón, aseveración que Laguna refuta (Dioscórides, 1563, p. 353). No podemos saber, entonces, por qué uno de los lectores de este ejemplar quiso anotar el nombre local para esta planta. Podemos aventurar dos hipótesis: o esta anotación es previa al ingreso del libro al convento y se junta con esas otras relativas a la procreación, el sistema reproductor femenino, el parto y la lactancia, o bien fue marcada en el convento simplemente porque interesaba saber que esa ilustración correspondía a un duraznillo, sin una intención de utilizarla para fines terapéuticos. Estas anotaciones a veces tienen la función de proveer una especie análoga, como cuando, junto a la ilustración del *Trifolium pratense*, un lector escribe «esta es la alfalfa», siendo que Laguna en ninguna parte de su comentario habla de la alfalfa y en el glosario incluye solo el trébol (Dioscórides, 1563, p. 341).

Por último, encontramos los casos donde el lector apunta el nombre de una planta autóctona de Chile como alternativa a la ilustrada por Laguna. Ejemplo de ello lo constituye la apostilla «es cachanlagⁿ» junto a la ilustración del *hyssopus* (Dioscórides, 1563, p. 284) (fig. 7a). Se refiere a la cachanlagua

o cachanlagüen, sobre la cual Enrique Laval (1953) señala que era de las pocas plantas autóctonas que se encontraban dentro de la materia médica de la botica jesuita de Santiago, con propiedades terapéuticas diversas: se utilizaba como purgante, para reducir fiebres, contra dolores de cabeza y de nervios, entre otras aplicaciones. Según los datos aportados por Laval (1953), la cachanlagua llamó la atención de botánicos franceses, apareciendo en estudios sobre plantas medicinales como el publicado por Luis Feuillée en 1723. Medio siglo después, el protomédico José Antonio Ríos informó al rey de España que la cachanlagua era una especie de centaurea menor de flor purpúrea, «caliente y seca, aperitiva, astringente, emenagoga y febrífuga» (citado en Laval, 1953, p. 76), lo que motivó una petición de muestras de esta hierba por parte del monarca. Según la información aportada por un viajero francés en 1763, la cachanlagua tenía además la capacidad de mejorar el mal de garganta al hacer gárgaras con su infusión (Laval, 1953). Lo interesante es que, según Dioscórides, el *hyssopus* «cozido con higos, para la esquinancia es excelentísimo gargarismo», junto a lo cual un lector anotó al margen: «Cont^a la esquilencia, remedio» (Dioscórides, 1563, p. 284). Es decir, efectivamente los lectores del ejemplar de la BPRD hicieron la asociación entre lo que en el siglo XVIII se sabía sobre las propiedades medicinales de la cachanlagua con las propiedades descritas por Dioscórides para el hisopo, siendo que no parece haber elementos que permitan asimilar ambas especies, salvo por la descripción general de la planta: dice Laguna que el hisopo (rectificando la información aportada por Dioscórides, quien lo había confundido con el orégano) presenta flores purpúreas que rodean la extremidad del tallo en forma de espiga y una raíz larga y leñosa (Dioscórides, 1563).

El libro ofrece varios otros casos de plantas nombradas por nuestros lectores recurriendo a denominaciones chilenas, como la de «alfilerillo» que un lector apunta para *geranium primum* (fig. 7b); «culantrillo de pozo» para *adiantum* (fig. 7c); «totora», asociada a *typha*; «chépica», propuesta como equivalente a la *frama*; y «pichoa», anotada como equivalente del *peplus* (Dioscórides, 1563, pp. 347, 349, 394 y 483; cf. Möesbach, 1992). Según indica Ricardo Cruz-Coke (1995), la chépica era utilizada para los apostemas y la pichoa como purgante, lo que demuestra una vez más que estos lectores poseían conocimientos de la farmacopea local. Otra apostilla que sitúa el libro dentro de Chile contiene una serie de topónimos del archipiélago de Chiloé (San Carlos, Castro, Chonchi, Achao, Lemuy, entre otros), aparentemente señalándolos como lugares donde se podía encontrar la planta *umbilicus veneris* y *umbilicus ven. alter* (fig. 7d) (Dioscórides, 1563, p. 435).

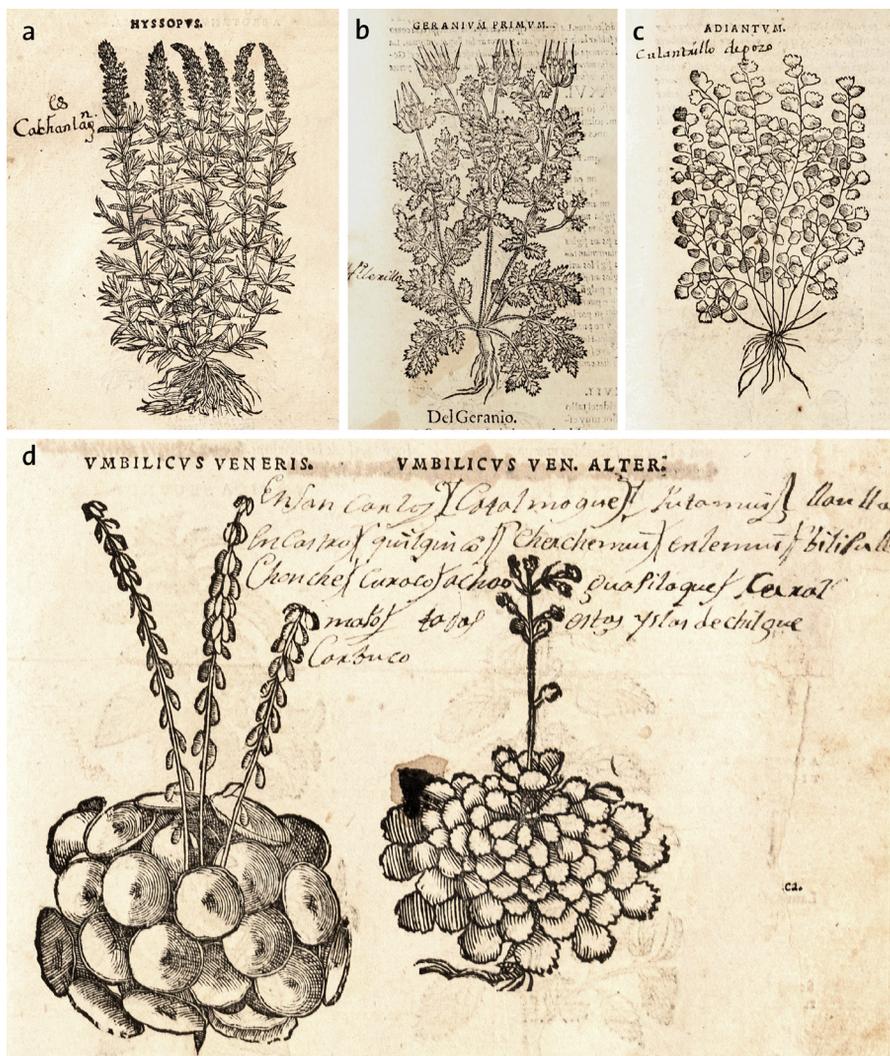


Figura 7. Detalles de marginalia: (a) ilustración de *geranium primum* con anotación «alfilerillo»; (b) ilustración de *hyssopus* con anotación «es Cachanlag^a.»; (c) *adiantum* con apostilla «culantrillo de pozo»; (d) anotación junto a ilustración de variedades de *umbelicus*. Fuente: Dioscórides, 1563, pp. 284, 347, 459 y 435.

Consideraciones finales: los usos de *Acerca de la materia medicinal* en la BPRD

Las marcas de lectura que encontramos en el ejemplar conservado en la BPRD de la obra de Dioscórides traducida por Laguna sugieren, entonces, que el libro

fue usado de manera recurrente, probablemente con fines de consulta. Quienes lo tuvieron en sus manos aparentemente cumplían funciones vinculadas al arte de la sanación y buscaron en el libro claves para la fabricación de medicinas y sus usos terapéuticos. Como se dijo arriba, no hemos podido identificar a los lectores de este libro, pero sí algunas pistas de cómo pudo ser utilizado en el convento de la Recoleta Dominica a la luz de los movimientos de otros libros de medicina, de los que sí tenemos registros. Revisando el *Repertorio de los libros que tiene cada religioso* de 1837 y el de 1843, podemos ver que algunos frailes mantenían en su poder varios libros de medicina, lo que de por sí sugiere que eran quienes cumplían labores en la enfermería o bien ejercían como enfermeros al interior del convento. En 1837, por ejemplo, fray Manuel Loth tenía prestados de la biblioteca: *Medicina doméstica* de William Buchan, *Aviso al pueblo* de Samuel Auguste Tissot, el *Florilegio medicinal* de Juan de Esteyneffer y *Obras medico-chirúrgicas* de Madama Fouquet, además de varios libros de medicina no especificados de Suárez, Pérez de Escobar y Gregorio López, Caperón y otros autores, varios de química y un *Tratado de flebotomía*, entre otros; los libros de medicina, farmacopea y química en manos de Loth suman 21, del total de 45 libros que tenía en su poder (*Repertorio de los libros*, 1837). Por su parte, en 1843 fray José María Castro tenía prestados la *Palestra farmacéutica* de Félix Palacios, la *Farmacopea matritense*, los ya mencionados libros de Tissot y de Buchan, *Anatomía* de Martín Martínez, un *Vocabulario de medicina y cirugía*, y varios libros más de las mismas materias, cuyo número ascendía a 26 de los 32 títulos que mantenía consigo (*Repertorio de los libros*, 1843).

Si bien ese mismo año de 1843 los libros de medicina doméstica más populares del siglo XVIII (el *Florilegio medicinal* de Esteyneffer y *Aviso al pueblo* de Tissot, por ejemplo) fueron prestados a varios frailes, los casos de Loth y Castro, a diferencia de aquellos, sí sugieren una vinculación directa con el arte de la curación. Esto, que podría ser solo una inferencia, queda corroborado por una semblanza de fray Loth escrita por Aracena, donde relata que fue un converso que tomó profesión en 1834 y que se dedicó a la enfermería, a partir del estudio de la literatura médica resguardada en la biblioteca. Añade que

La lectura de obras modernas, sus consultas con médicos y boticarios, y la práctica de asistir a todos los enfermos, le dieron tanta instrucción, que no solo arregló perfectamente nuestra pequeña botica, le era familiar cualquier secreto de médico, que él despachaba en nuestro botiquín, sin tener que recurrir afuera, sino en rara vez. (Aracena, 1843, f. 68)

Con sus conocimientos médicos y farmacológicos, Loth también auxiliaba a la población fuera del convento (Aracena, 1843), antecedente que podría explicar el abanico tan amplio de dolencias y plantas medicinales marcadas en el ejemplar de *Acerca de la materia medicinal*.

En conclusión, el ejemplar estudiado proporciona numerosos indicios acerca de los usos que los lectores de la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX pudieron dar a los libros de medicina y a las farmacopeas. Más que ser libros de colección, se trataba de libros destinados a una práctica cotidiana de consulta para encontrar información precisa respecto de qué medicamentos recetar. El amplio abanico de enfermedades, dolencias y órganos del cuerpo que marcaron los distintos lectores de este ejemplar, junto con las numerosas anotaciones de especies disponibles en Chile que pudieran servir como equivalentes a las originales, quedaron como vestigios indelebles de este uso activo y atento.

Referencias

- Albisson, M. (2018). Medicina y censura: La literatura médica castellana en los índices inquisitoriales del siglo XVII. *eHumanista*, 39, 53-64.
- Andretta, E. y Pardo-Tomás, J. (2017). Il mondo secondo Andrés Laguna (1511?-1559): Il Dioscorides spagnolo tra storia naturale e politica. *Rivista storica italiana*, 129(2), 417-456.
- Aracena, D. (1843). *Fastos estadísticos de la Comunidad de la Recoleta Dominica de Santiago de Chile. 1843. Reune datos biográficos de los sacerdotes, novicios, conversos, etc muertos. Escrito por Domingo Aracena, nov. 1843*. Archivo Histórico Dominicano, Fondo Archivo Recoleta Dominica, caja 70.
- Barr, R. A., Kleiman-Lafon, S. y Vasset, S. (eds.). (2018). *Bellies, bowels and entrails in the eighteenth century*. Manchester University Press.
- BPRD. Biblioteca Patrimonial Recoleta Dominica. (s. f.). *Colección de la Biblioteca del Convento de Santo Domingo*. <https://www.bibliotecadominica.gob.cl/colecciones/coleccion-de-la-biblioteca-del-convento-de-santo-domingo/origen-y-desarrollo-de-la>
- Cavallo, S. y Storey, T. (2013). *Healthy living in Late Renaissance Italy*. Oxford University Press.
- Chartier, R. (1993). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Alianza.
- Constanzo, C. y Pradenas, C. (2023). *Identificación y diagnóstico. Libro «De la materia médica y otros venenos mortíferos»*. Unidad de Patrimonio Gráfico y Documental, Centro Nacional de Conservación y Restauración, Santiago.

- Constitución del Hospital de Talca.* (s. f.). Archivo General de Indias, Fondo Chile, vol. 229.
- Cruz-Coke, R. (1995). *Historia de la medicina chilena.* Editorial Andrés Bello.
- De Vos, P. S. (2021). *Compound remedies: Galenic pharmacy from the ancient Mediterranean to New Spain.* University of Pittsburgh Press.
- Dioscórides Anazarbeo, P. (1563). *Acerca de la materia medicinal, y de los venenos mortíferos, traducido de lengua griega, en la vulgar castellana, & ilustrado con claras y substantiales annotations, y con las figuras de innumerables plantas exquisitas, y raras, por el Doctor Andres de Laguna, Medico de Julio III Pont. Max.* Mathias Gast.
- Esteyneffer, J. (1712). *Florilegio medicinal de todas las enfermedades, sacado de varios, y clasicos autores, para bien de los pobres, y de los que tienen falta de medicos, en particular para las provincias remotas, en donde administran los RR. PP. Missioneros de la Compañia de Jesus.* Herederos de Juan Joseph Guillena Carrasco.
- Fresquet Febrer, J. L. (1992). Terapéutica y materia médica americana en la obra de Andrés Laguna (1555). *Asclepio*, 44(2), 53-82.
- Gänger, S. (2018). El comercio global con plantas medicinales de Hispanoamérica, 1717-1815. En C. Sanhueza (ed.), *La movilidad del saber científico en América Latina. Objetos, prácticas e instituciones (siglos XVIII al XX)* (pp. 75-98). Universitaria.
- Gutiérrez Ramírez, E. (2017). Conflictos por la botica de los jesuitas de Santiago: la expulsión de la orden y el caso de José Zeitler. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos.* <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.70244>
- Huguet-Termes, T. (2001). New World materia medica in Spanish renaissance medicine: From scholarly reception to practical impact. *Medical History*, 45(3), 359-376. <https://doi.org/10.1017/S00257273000-68046>
- Labarca, M. (2020). Los libros de medicina en el Chile del siglo XVIII: tipologías, propietarios y dinámicas de circulación. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 42(2), 347-371. <https://doi.org/10.15446/achsc.v47n2.86169>
- Labarca, M. (2021). La biblioteca del bachiller Miguel Jordán de Ursino: Medicina y cultura impresa en el Chile de la primera mitad del siglo XVIII. En N. Maillard Álvarez y M. Fernández Chaves (eds.), *Bibliotecas de la Monarquía Hispánica en la primera globalización (siglos XVI-XVIII)* (pp. 93-124). Prensa de la Universidad de Zaragoza.

- Labarca, M. (2023). El tránsito de los saberes médicos. Traducir, consultar y codificar libros de divulgación de conocimiento médico en Chile durante el siglo XVIII. En R. Gaune y A. Romano (coords.), *Fragmentos de mundo. Objetos y artefactos americanos en tránsito, siglos XVI-XX* (pp. 105-130). Lisboa: Húmus / CHAM Centro de Humanidades.
- Laval, E. (1953). *Botica de los jesuitas de Santiago*. Asociación Chilena de Asistencia Social.
- Librería del Convento de Observancia de Preds de Chile. Razón de los libros que se hallan en esta librería de la casa de observancia de Predicadores de Santiago de Chile, compuesta el 5º de septiembre año de 1809.* (1809). Archivo Histórico Dominicano, Fondo Archivo Recoleta Dominica, caja 70.
- López Piñero, J. M., Báguena Cervellera, M.-Jo., Barona Vilar, J. L. y López Terrada, M. L. (1992). *Bibliographia medica hispánica, 1475-1950* (Vols. I, II y III). Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, Universidad de Valencia-CSIC.
- Martínez, M. (1745). *Anatomía completa del hombre: Con todos los hallazgos, nuevas doctrinas, y observaciones raras hasta el tiempo presente, y muchas advertencias necesarias para la cirugía: Segun el methodo con que se explica en nuestro theatro de Madrid*. Imprenta Real por Don Miguel Francisco Rodríguez.
- Matrícula de la Biblioteca. Libro en que se han registrado las entradas de libros desde el año de 1824 hasta el de 1860.* (s. f.). Archivo Histórico Dominicano, Fondo Archivo Recoleta Dominica, caja 70.
- Miguel Alonso, A. (s. f.). *Las ediciones de la obra de Dioscórides en el siglo XVI. Fuentes textuales e iconográficas*. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/las-ediciones-de-la-obra-de-dioscrides-en-el-siglo-xvi-fuentes-textuales-e-iconograficas-0/html/01e3c7ec-82b2-11df-acc7-002185ce6064_5.html
- Möesbach, E. (1992). *Botánica indígena de Chile*. Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Newson, L. A. (2020). *Preparando medicinas en Lima durante el temprano periodo colonial: Boticarios, ciencia y sociedad*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Pardo Tomás, J. (2003). Censura inquisitorial y lectura de libros científicos. Una propuesta de replanteamiento. *Tiempos modernos*, 9, 1-18.
- Pardo Tomás, J. (2007). Andrés Laguna y la medicina europea del Renacimiento. *Seminario «Orotava» de Historia de la Ciencia, año XI-XII*, 45-67.

- Porter, R. y Vigarello, G. (2005). Cuerpo, salud y enfermedades. En A. Corbin, J.-J. Courtine y G. Vigarello (eds.), *Historia del cuerpo* (Vol. 1, pp. 323-357). Taurus.
- Repertorio de los libros que tiene cada religioso pertenecientes a esta biblioteca. Año 1837.* (1837) Archivo Histórico Dominicano, Fondo Archivo Recoleta Dominica, caja 70.
- Schiebinger, L. (2007). *Plants and empire: Colonial bioprospecting in the Atlantic world*. Harvard University Press.
- Wear, A. (2016). *Knowledge & practice in English medicine, 1550-1680*. Routledge.